

**ALEJANDRO DE HUMBOLDT
Y SUS PRIMEROS CONTACTOS CON VENEZUELA
EN LA PROVINCIA DE LA NUEVA ANDALUCÍA**

Eugenio de Bellard Pietri (*)

“El Barón de Humboldt estará siempre con los días de la América, presente en el corazón de los justos apreciadores de un grande hombre, que con sus ojos la ha arrancado de la ignorancia y con su pluma la ha pintado tan bella como su propia naturaleza. Pero no son estos los solos títulos que Vmd. tiene a los sufragios de nuestros americanos. Los rasgos de su carácter moral, las eminentes cualidades de su carácter generoso, tienen una especie de existencia entre nosotros; siempre los estamos mirando con encanto . . . o, por lo menos, al contemplar cada uno de los vestigios que recuerdan los pasos de Vmd. en Colombia, me siento arrebatado de las más poderosas impresiones. Así, estimable amigo, reciba Vmd. los cordiales testimonios de quien ha tenido el honor de respetar su nombre antes de conocerle”.

Estas palabras ciertamente muy conocidas, pertenecen a una carta escrita en 1821 por el Padre de la Patria, y permiten apreciar en toda su magnitud, la admiración que tuvo El Libertador por el brillante germano a quien hoy se conoce como el último Sabio Universal.

Gloria de la humanidad, Humboldt fue el último hombre cuyo vasto intelecto logró cubrir todos los campos del conocimiento científico que en su tiempo eran objeto de la investigación humana. De talento excepcionalmente brillante y profundo, dominó la notable cultura de su época y contribuyó al enriquecimiento de numerosas ciencias y ramas del saber humano con su prodigiosa capacidad de trabajo, su magistral sentido analítico y su visión de genio.

Alejandro de Humboldt nació en la Alemania de los grandes sabios, el 14 de septiembre de 1769, en el mismo siglo revolucionario de Bolívar, Napoleón, Goethe, Cuvier, Lamarck y Lavoisier.

(*) Individuo de Número de la Academia de Ciencias Físicas, Matemáticas y Naturales

Desde su infancia, demostró una gran pasión por el estudio y tuvo por maestros a hombres de fama de la época que se distinguieron en el campo de la botánica, la matemática, la filosofía, la química, la geología y otras disciplinas. Durante su juventud vivió el momento en que numerosos países europeos se dedicaban con ardor y frenesí a las grandes exploraciones y a la conquista de nuevos horizontes en todas las latitudes de la tierra y en las cinco partes del globo.

A los 18 años, poseedor ya de una cultura en extremo vasta para un joven de su edad, se matricula en la Universidad de Franckfurt y, posteriormente, en la Escuela Superior de Göttingen, donde perfecciona sus conocimientos bajo la tutela e inspiración de los sabios maestros del momento. En 1789, a la edad de 20 años, concluye sus estudios universitarios y siente entonces la irresistible pasión por realizar sus sueños y explorar el mundo. Se puede decir quizás que desde esta fecha se inicia su extraordinaria pasión científica por los viajes a lo desconocido.

Realiza un recorrido por el Rhin, estudia la mineralogía y la geología de la región, y a los 21 años publica su primer trabajo: "*Observaciones Mineralógicas de algunos Basaltos del Rhin*". Ingresa posteriormente en la Academia de Minas de Freiberg donde profundiza sus conocimientos sobre las ciencias de la tierra y publica nuevos trabajos. Ya empieza a perfilarse en ellos la excepcional maestría de Humboldt: la descripción rigurosamente científica de los fenómenos de la naturaleza, con una profundidad de observación poco común y el uso de una prosa ágil y hermosa para despertar en el lector el interés por lo descrito.

Continúa sus estudios. Su sed de saber era insaciable; estudia anatomía y publica notables trabajos sobre sus investigaciones en galvanismo y los más variados temas científicos. Cuando contaba apenas 28 años, su nombre ya figuraba en todos los centros científicos de Europa. En esta época realiza varios viajes a distintos lugares de ese continente, entre los cuales se destaca uno a Italia al Vesubio para estudiar los fenómenos volcánicos. Conoce luego a Amado Bonpland, el sabio botánico francés quien debía acompañarlo en su viaje a América. Varias expediciones que proyecta fracasan por diversas causas, entre ellas, una a Egipto y otra a Argelia y Túnez, pero Humboldt no se amilana.

Es sólo a fines de diciembre de 1798 cuando por fin logra embarcar en Marsella para España, en Compañía de Bonpland, para hacer los preparativos de un viaje a Esmirna. Llega en marzo de 1799 a Madrid y pasa a Aranjuez, donde logra el apoyo del Primer Secretario de Estado y Ministro Mariano Luis de Urquijo. Obtiene allí un valioso pasaporte para él y para Bonpland y dispo-

ne de nada menos que de la mitad de toda su fortuna para cubrir los gastos de este estupendo viaje cuya importancia y alcances ya parece intuir. Carlos IV, rey de España en aquel entonces, extendió a los distinguidos viajeros un amplísimo pasaporte con extensas recomendaciones para las autoridades coloniales que debían recibirlo.

Se le abre así a Humboldt y Bonpland la oportunidad de explorar las regiones equinociales del nuevo continente, en aquel tiempo considerado como un inmenso paraíso desconocido, perdido en el horizonte del mar de las carabelas, lleno de peligros, bellezas naturales e incógnitas magníficas.

El 5 de junio de 1799, al salir del Puerto de la Coruña para América, Humboldt escribe lleno de indescriptible entusiasmo a sus amigos de Freiesleben: “¡Qué felicidad tan inmensa se me abre ¡Mi cabeza se tambalea de alegría. Me embarco en la fragata española Pizarro. Desembarcaremos en las Canarias y en la Costa de Caracas en Suramérica. ¡Qué tesoro de observaciones no coleccionaré para mi obra sobre la construcción del Mundo! ¡El hombre debe desear lo grande y lo bueno...!”

El 16 de julio de 1799, el Pizarro afectado por una epidemia de fiebre maligna entra al puerto de Cumaná y desembarcan los dos viajeros. El joven sabio emocionado escribe: “Al despertar el día, vimos una costa verdegueante y de un aspecto pintoresco: eran las montañas de la Nueva Andalucía, semiveladas por los vapores que limitaban el horizonte por el sur. Entre grupos de cocoteros aparecía la ciudad de Cumaná con su fuerte (...). Se fijaban nuestras miradas en los grupos de cocoteros que ribeteaban la costa, cuyos troncos, de más de sesenta pies de altura dominaban el paisaje. La planicie estaba cubierta de conjuntos de Casias, Cápparis y de esas mimosas arborescentes que, semejantes al pino de Italia, extienden sus brazos en forma de quitasol. Las hojas pinadas de las palmeras se destacaban sobre el azul del cielo cuya pureza ningún vestigio de vapores enturbiaba. Subía el sol rápidamente hacia el cenit. Difundíase una luz deslumbradora por el aire, por colinas blanquecinas tapizadas de nopales cilíndricos, y por un mar siempre sosegado cuyas riberas están pobladas de alcatraces, de garzas y flamencos. Lo brillante del día, el vigor de los colores vegetales, la forma de las plantas, el variado plumaje de las aves, todo anunciaba el carácter prominente de la naturaleza en las regiones ecuatoriales”.

Descripción de poeta por parte de un científico extraordinario, que podía reunir en una comunión conmovedora, el conocimiento científico de la naturaleza observada, con el sentimiento que su belleza intrínseca despertaba en cualquier corazón humano. Así vió pues por vez primera Humboldt a Venezuela: a través de la hermosura tórrida y sobrecogedora de nuestra Cumaná

colonial. “Fecha memorable en los anales científicos de Venezuela”, califica el Dr. Eduardo Röhl a este día notable para nuestra Patria.

Y dice Röhl igualmente: “Puede la Patria vanagloriarse con justa razón de tan fausto acontecimiento; el sabio entre los sabios del siglo se radicará en nuestro suelo al que le dedica lo más selecto y lo más inspirado de su monumental trabajo. ¡A ningún país, visitado por él después, le consagra una descripción tan brillante de su naturaleza y escrita con tanto cariño y con ese romántico y excepcional lenguaje con que la Divinidad ha sabido dotar a los inmortales!” Bello comentario de Röhl; exacto en su contenido y veracidad. Muchos años después, en las apartadas y solitarias regiones del Asia Central, en las desérticas y frías montañas del Altai que dominan la vastedad de la China y de la Rusia asiática, un Humboldt emocionado recuerda con añoranza al bello y espléndido lago de Valencia.

Con delirio, Humboldt y Bonpland contemplan la naturaleza tropical de la Nueva Andalucía. Escudriñan llanuras, arenales y montañas, penetran tierra adentro, y llevan a las hojas de sus diarios miles de notas y de observaciones técnicas y humanas. Recorren a Cumaná, el Golfo de Cariaco y la Península de Araya.

Entre el 4 y el 23 de septiembre exploran y conocen el interior de la Provincia de Cumaná, pernoctan en el romántico Valle de Caripe y visitan el 18 de septiembre a la célebre cueva del Guácharo.

Con esta visita a nuestra famosa y espectacular caverna, Alejandro de Humboldt inicia en Venezuela, como sólido precursor, los estudios de la Espeleología o ciencia que estudia las cuevas. Fué este sabio el primer científico que visitó una espelunca en nuestra patria.

Nos cuenta Humboldt que a su llegada a Caripe fué espléndidamente recibido por los frailes capuchinos aragoneses y narra seguidamente que lo acompañaron en su visita a nuestra máxima caverna los magistrados indios y la mayor parte de los religiosos del convento. Su impresión debe haber sido muy grande al ver la monumental entrada de la cueva, porque escribió con científica elocuencia: “la realidad sobrepujo en mucho mis esperanzas”.

Humboldt, verdadero descubridor científico de Venezuela, fué por encima de todo un auténtico enamorado de las bellezas naturales de nuestra tierra y bajo la sombra acogedora de palmitos, laureles y aguacatillos, debió recibir emocionado las primeras impresiones que le produjeron su visita a esta enorme cavidad natural. Por su mente deben de haber pasado entonces rápidamente, y ya sin importancia, sus recuerdos de las grutas de Derbyshire en Inglate-

rra, Treshemienshiz en los Cárpatos rumanos y de Harz y Franconia en Alemania. Bajo el imponente pórtico de la Cueva del Guácharo, las demás cuevas que hasta entonces había visitado perdieron de repente toda connotación.

Hace pues 200 años que el Sabio Universal se detuvo para mirar embelesado la formidable arquitectura de la cueva. Debe de haberlo recibido un escenario parecido al que hoy podemos ver, totalmente desprovisto de adornos humanos salvo la necesaria y funcional caminería, de evidente obligatoriedad turística hoy día.

Con sus instrumentos y papeles, al lado de Bonpland y habiendo mirado la entrada a esa magnífica catedral de piedra, sin duda se extasió ante tanta belleza reunida espléndidamente por la sabia mano del Creador: el verde esmeralda de los bosques, el canto de los pájaros, el murmullo suave de la quebrada, la gama maravillosa de colores de las flores, la inquietante negrura de la espelunca que se abre en el viejo costado de la montaña. Conmovido, el sabio penetró cueva adentro.

Describe Humboldt con asombro las enormes proporciones de la entrada de la caverna, y de seguida conoce al guácharo, el misterioso pájaro de las sombras. Al respecto dice poéticamente: “La Gruta de Caripe es el Tártaro de los griegos y los guácharos que revolotean sobre el torrente, lanzando gritos quejumbrosos recuerdan las aves estigias”. Estudia científicamente al ave de las grutas, lo nombra “*Steatornis caripensis*” (o sea ave de grasa de Caripe) y anota sus observaciones sobre el pájaro y sobre la caza del mismo por parte de los indios.

Humboldt solo penetró en la magnífica cueva hasta la profundidad de 472 metros, o sea, hasta más o menos el pie del “Castillo”. De regreso a la luz describe sus impresiones, entre ellas, su asombro de que la caverna no fuera ya más famosa y conocida en Venezuela y en Europa. Pero ciertamente, el célebre naturalista jamás llegó a imaginarse la grandiosa importancia que hoy atribuimos a la cueva.

Allí, bajo el viejo dorso de la montaña, se esconde la espelunca más hermosa de Venezuela, la caverna más completa del mundo. La Cueva del Guácharo, Monumento Natural Alejandro de Humboldt, con sus diez kilómetros y medio de desarrollo total de salones, cuartos, criptas y galerías, sigue siendo una de las cavernas mas grandes exploradas hasta el presente en toda la América Latina y la segunda en tamaño del país por un amplio margen hasta ahora totalmente indiscutido.

El conocimiento científico que he reunido sobre esta gruta maravillosa en 48 años de exploraciones y visitas me permite a estas alturas designarla con

justicia como la caverna más completa de mundo. Tan ambicioso calificativo lo ha merecido por reunir en su extraordinario conjunto una serie excepcional de notabilidades naturales que no se han dado en otras cuevas del orbe. Nuestra caverna, ciertamente, es una gruta fuera de serie aun a nivel mundial.

La Cueva del Guácharo forma parte del patrimonio de todos los venezolanos, de las generaciones que hoy leen estas palabras y de los venezolanos que vendrán en el futuro, en lo adelante, cuando ya no quede de nosotros sino el polvo que deja el transcurso de los tiempos. Es por esto que debemos proteger esta maravillosa obra de la mano de Dios y del paso de los siglos, para nuestros hijos y para los hijos de nuestros hijos.

Más aún, el conjunto increíble de valores científicos que encierra esta caverna fabulosa la han hecho acreedora al respeto del mundo y nosotros los venezolanos somos depositarios y responsables de este tesoro subterráneo sin igual, cuyo incalculable valor natural traspasa las fronteras patrias y le ha asegurado un puesto de honor entre las muchas maravillas que encierra el mundo en que vivimos.

Inparques, fuertemente motivado por las recomendaciones y experiencia del suscrito, ha tratado de mantener a esta caverna, aparte de su necesaria caminería, tan natural y primitiva como la vieron por primera vez los aguerridos chaimas que la descubrieron; tan hermosa e imponente como la contemplaron en 1657, los primeros misioneros franciscanos que buscaron evangelizar a los chaimas de la zona. Hemos querido restituir a Caripe en su máxima belleza, esta joya excepcional del mundo subterráneo, a los fines de que aquellos que vengan a contemplarla, a recibir la inolvidable impresión de sus naves sin luz y a oír el clamor impresionante de sus aves, puedan sentir profundamente la emoción sobrecogedora de este palacio subterráneo y caminar en compañía de su riachuelo, la emoción de una noche sin estrellas, sin principio ni fin.

Pero volvamos al sabio en su viaje por la Nueva Andalucía. A su regreso del espectacular viaje al Casiquiare y Río Negro, Humboldt tiene la suerte de ver en Cumaná una famosa lluvia de estrellas el 11 de noviembre de 1800 y de describir igualmente con atinadas observaciones, los temblores de tierra que experimentó pocos días antes en esa misma ciudad.

Al abandonar a ésta, la primogénita del Continente, escribe emocionado: "Abandonamos las playas de Cumaná como si las hubiéramos habitado por largo tiempo. Era la primera tierra a que habíamos arribado en la zona a la cual tendían nuestros anhelos desde temprana edad (...) Cumaná y su suelo polvoriento se presentan aún todavía a mi imaginación más a menudo que todas las maravillas de las Cordilleras (...) la colina blanca en que yace el Castillo de San

Antonio aparecía de vez en cuando entre las altas cimas de los cocoteros que ribetean la playa, a poco reconocíamos la costa sólo por las luces dispersas de los pescadores guaiqueríos. Fué entonces cuando sentimos doblemente el encanto de esos lugares y la pesadumbre de alejarnos de ellos...”.

¡Así quiso Humboldt a la tierra cumanesa!

La profundidad de sus observaciones junto con una capacidad analítica realmente excepcional de los problemas, todo ello narrado con una prosa bella y elegante, diríamos que hasta poética, es lo que ha hecho más famoso al genio universal que llegó a ser Humboldt. Humboldt sentía profundamente, vivía y se compenetraba con la naturaleza y la ciencia en una rara y extraordinaria simbiosis. Tenía una verdadera pasión y mística por su trabajo y, lo que es más, podía transmitir esta sublime compenetración con la naturaleza y sus fenómenos a aquellos que lo leían y a aquellos que tuvieron el privilegio excepcional de escucharlo. A todos ellos sabía transportar al sitio y lugar que describía, vivir con él su pasión por el conocimiento, sentir lo que él sentía, todo ello en una vivencia extraordinaria que aún hoy compartimos emocionados al leer sus páginas inmortales 140 años después de su muerte, acaecida en Berlín el 6 de mayo de 1859 a los 90 años de edad.

Aquí tenemos la más bella lección que Humboldt nos ha legado: la mística por el trabajo, la vocación cumplida cabalmente, la lucha serena, inflexible y firme por coronar el objetivo de su vida: dominar el conocimiento humano, cubrir totalmente el ámbito de la ciencia y, lo más importante, llevar este saber a todos sus semejantes, hacerlos interesarse por lo que a él le había interesado. De ahí la pléyade de sabios que siguieron sus pasos, de ahí los brillantes naturalistas que vinieron a las playas de Venezuela a conocer las maravillas que Humboldt había sabido describir tan vivamente en su obra extraordinaria, el Viaje a las Regiones Equinociales del Nuevo Continente. Así podemos citar a: Karl Moritz en 1835, Jean Jules Linden en 1841, Hermann Karsten en 1844, Karl Ferdinand Appun en 1848, Augusto Fendler en 1853, Adolfo Ernst en 1861 y Anton Goering en 1867.

Venezuela había sido “descubierta” para la ciencia y la cultura universal. Gracias al singular afecto que en todos sus escritos le prodigó el sabio germano, fue nuestra Patria el primer blanco de los estudiosos que siguieron las huellas inmortales de este grande hombre: habíamos nacido realmente para el mundo del saber.

Desde su hermosa tumba en el Parque de Tegel en Berlín, rodeada de bellos jardines y de flores, la sombra gigante de Humboldt se proyecta hacia el presente y el futuro como un símbolo, como un monumento al saber humano, al

triumfo de la inteligencia sobre la rutina, la ignorancia y la indiferencia no poco común de los hombres. Su nombre ha quedado para la posteridad como imagen inmortal de la inquietud del homo sapiens por el cosmos, por el saber y por la ciencia.

Su obra colosal, más de 600 memorias y trabajos, lo colocan en un escaño excepcional del saber humano y su genio enciclopédico, como el de Aristóteles en el Mundo Antiguo, lo señala como uno de los mayores talentos que haya dado la humanidad.

Al conocer a Bolívar en los elegantes salones de un París frívolo, alegre y refinado, pleno de las inquietudes cortesanas de 1804, jamás pensó Humboldt que había cerrado una amistad definitiva con el Libertador de cinco naciones, con el Genio de América. Bolívar, muy en cuenta de los profundos conocimientos sociales adquiridos por el sabio alemán durante su larga visita al Nuevo Continente, le preguntó inquieto y acucioso si él creía que la América Hispánica estaba madura para la independencia. Observándolo atentamente el sabio le contestó, seguramente sorprendido por la juventud e imprudencia de su joven amigo, que no conocía al hombre capaz de realizar semejante empresa. Tan enorme le parecía el proyecto, que dudaba surgiera el hombre excepcional idóneo para acometer esta obra gigantesca y triunfar. Humboldt no pudo ver en su elegante interlocutor de apenas 21 años, la voluntad de hierro y la formidable capacidad de quien iba a libertar con su espada y con su verbo a medio continente. Hoy, la historia registra con admiración la amistad de estos dos colosos que tuvieron en lo más profundo del corazón una misma y acendrada emoción; su amor por Venezuela.

En este solemne bicentenario de la venida de Humboldt a Venezuela es procedente y de interés patriótico pedir que se constituya en la histórica ciudad de Cumaná, cuna egregia del Gran Mariscal de Ayacucho, una Junta Pro-Monumento al Sabio Universal Alejandro de Humboldt Ninguno más digno que él para merecer semejante honor en la primera ciudad del nuevo mundo que lo acogió, para recibir este testimonio de admiración y de respeto de la primera tierra venezolana que pisó y a la cual profesó tanto afecto hasta sus últimos días.

¡Honrar honra!.